

Tolomeo

por Ricardo Alcántara

Tolomeo era loro de pocas palabras. Sólo las justas y necesarias. Era un prodigio de austeridad idiomática. Aunque no siempre fue así, ¡qué va! Hubo un tiempo en que su pico de oro era el terror del vecindario.

¡Vaya si desde entonces las cosas han cambiado!

Mas, para conocer la historia, es preciso remontarnos en el tiempo.

Resulta que allá, por el año 1846, la madre de Tolomeo viajó como polizón en un barco pirata. Y en aquella terrible nave fue donde el loro rompió el cascarón del huevo.

Loro inquieto como pocos, así que sus tiernas alas se lo permitieron, él hizo sus primeros vuelos. Y aunque tomaba sus precauciones para no ser descubierto, el sagaz capitán Sinmuelas pronto lo descubrió.

Verlo y echarle el guante fue todo uno, así es que a partir de entonces el loro pasó a ser de su propiedad.

Le puso de nombre Tolomeo, como ya todos sabéis, y allá donde fuera el capitán Sinmuelas el loro iba detrás.

Con él aprendió a beber ron y a roncar de forma ensordecedora, a comer sandía y escupir las semillas, a chillar como el que más y a luchar a muerte por salvar el pellejo.

Aunque eso no era lo peor, ¡ni mucho menos!

Lo más terrible del caso es que junto al capitán, el loro también aprendió a hablar. Y resultó ser un alumno aventajado en tan difícil arte, pues repetía sin dificultad todas las palabro-

tas que brotaban sin descanso de la boca de su amo.

Al igual que el capitán, Tolomeo comenzaba sus frases con un taco, ponía otro en medio de ellas, y las remataba con una grosería mayor y más rimbombante.

Lo hacía con tal habilidad, que a Sinmuelas se le caía la baba de sólo oírlo.

El viejo capitán aprendió a querer al loro como a un hijo de su propia sangre, y como tal lo trataba.

Por eso lo lloró tanto aquella negra tarde cuando, en una taberna de mala muerte, lo perdió jugando a los dados.

Se lo ganó en suerte Apolonio, conocido feriante, y Tolomeo se vio obligado a marcharse con él. A partir de entonces se acabaron para el loro las tabernas del puerto y los viajes en barco, e inició una vida muy diferente.

Con su nuevo dueño comenzó a ir de feria en feria. Entonces, mientras Apolonio proclamaba a voz en grito las virtudes del crecepelo que él vendía, con su garbo tan personal el loro insultaba a todo aquel que no lo comprara.

Y, ya fuera por vergüenza o por calvicie, lo cierto es que el crecepelo comenzó a venderse por docenas.

El negocio iba viento en popa y los bolsillos de Apolonio estaban cada día más abultados, tanto, que se convirtió en un buen partido. Así lo vio una morena de ojos verdes, que le robó el corazón y los suspiros.

Apolonio, chaladito por ella, no

tardó en encontrarse en la vicaría.

—¿Acepta usted por esposo a Apolonio Maletas? —le preguntó el cura Leopoldo a la chica en cuestión.

—Sí, claro —aceptó ella, aunque luego puso una condición—: Siempre y cuando Apolonio se deshaga de ese horrible loro.

Apolonio sintió que la sangre se le helaba en las venas, al tiempo que un terrible dolor parecía desgarrarle el pecho. Mas, el amor todo lo puede y, aunque con lágrimas en los ojos, decidió desprenderse de Tolomeo.

Pero... ¿quién estaría dispuesto a quedarse con él?

Los invitados a la boda se negaron en redondo. «¡Ni pensar!»», dijeron. «¡Menudo animalejo! ¡No quiero ni verlo!».

En vista de ello y puesto que el tiempo apremiaba, el cura Leopoldo se sintió obligado a quedarse con el loro. Apolonio respiró entonces aliviado:

—Sé que lo dejo en buenas manos —dijo, y de un salto subió a la tartana pues su flamante esposa comenzaba a impacientarse.

—Adiós, y buena suerte —les deseó el cura Leopoldo a modo de despedida.

Presa de la emoción, el loro se despidió de ellos a la antigua usanza entre los marineros: con tantos tacos y de tal calibre que ni siquiera me atrevo a repetir el más ligero.

—¡Uf! —hizo el cura al oírlo, y se atragantó con su propia saliva, quedando primero pálido y luego mora-



ARCADIO LOBATO

do, mientras sudaba a mares. Después, cuando consiguió sobreponerse, aún con voz trémula le dijo a Tolomeo—: No vuelvas a repetir semejantes barbaridades.

Aquellas, precisamente, Tolomeo no las volvió a repetir. ¡Ni falta que le hacía! Sabía tantas, su repertorio era tan extenso, que cada día soltaba unas cuentas nuevas.

Los feligreses trataban de hacer oídos sordos al procaz vocabulario del loro. Mas, las mejillas que se encendían o una carcajada indiscreta acababan por traicionarlos, demostrando a las claras que lo habían oído perfectamente.

El cura Leopoldo no sabía qué hacer, salvo reprimir el terrible impulso de coger al loro por el cuello y... Hasta que un buen día Tolomeo dejó caer la gota que colmó la medida. ¡Aquello ya fue demasiado!

Resulta que no se le ocurrió nada mejor que escuchar atentamente el secreto de confesión de algunos parroquianos y luego proclamarlos a los cuatro vientos en medio de la plaza.

Claro que aquel improvisado espectáculo gozó de un inesperado éxito, pues el pueblo entero acudió a presenciarlo. Incluso echaban monedas para animar a Tolomeo a seguir hablando.

Pero el cura Leopoldo, poco dado

a tales entretenimientos, con los dientes rechinando y los pelos de punta a causa del enfado, cogió sin miramientos a Tolomeo por el cuello y encarándose con él le dijo:

—¡Si vuelves a hacer otra de las tuyas te meto en el puchero!

¡Santo remedio! Algunos hasta pensaron que se trataba de un milagro pues, a partir de entonces, Tolomeo se convirtió en el ejemplo del vecindario. Jamás volvió a repetir aquellas cosas tan horribles.

Pero hay quien afirma que, aunque ya no las dice, de todos modos las piensa, y de ahí le viene esa mirada tan pícaro y traviesa que tiene.